

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, Impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 308

25 Cts.



**NOCHE
DE BODAS**

**POR
MARIE PREVOST,
HARRISON FORD,
ETC.**

Filmoteca
de Catalunya



~~MAISON HOPPER, E.~~

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12

Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 308

(NIGHT BRIDE, 1927)

~~NOCHE DE BODAS~~

Preciosa comedia del género amable, interpretada
por la «reina del vodevil»

MARIE PREVOST

y el simpático galán

HARRISON FORD

~~MAISON HOPPER~~
Selecciones Pro-Dis-Co

(Producers Distributing Corporation)

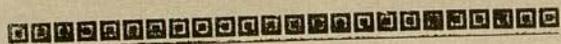
Exclusiva de

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LARS HANSON



NOCHE DE BODAS

Argumento de la película

En Norteamérica, cuando una hija queda prometida en matrimonio, el buen papá le hace un regalo o da una fiesta a sus amistades, y muchas veces las dos cosas.

John Stockton, hombre rico y modelo de padres de las hijas solteras estilo 1927, había abierto sus salones para celebrar la próxima boda de Queti, su hija mayor, una muchacha alocada y nerviosa que tenía siempre la cabeza a pájaros.

Transcurría la fiesta y Queti no había llegado aún a su casa, motivando esta ausencia extraños comentarios de los invitados.

—Estoy intranquilo — dijo el señor Stockton—. Otra vez se ha retrasado Queti. Para ella no existen los relojes.

Addison Walsh, el novio de Queti, no encontraba nunca la ocasión de desempeñar su papel de prometido. ¡La muchacha estaba siempre fuera de casa!

Se impacientaba por la extraña ausencia de su novia y, para calmar su nerviosidad, hablaba con René Stockton, la hermana de Queti, una joven que desearía que los Walsh fuesen dos y gemelos, para casarse con el otro.

Una gran simpatía parecía unir a René y a Addi-



—Otra vez se ha retrasado Queti.

son. Tal vez si no hubiese estado por medio Queti, el amor habría enlazado sus almas.

Stockton se acercó a ellos, y como Addison preguntase de nuevo por su novia, su futuro papá le advirtió:

—No se desespere. Yo creo que al menos el día de la boda tendremos a Queti en casa durante la ceremonia.

Y mientras allí se criticaba la fantástica tranquilidad de Queti, ésta se encontraba muy a gusto, lejos de la ciudad, en el club Hillerest, una de las razones porque las chicas llegan tarde a sus casas.

Campos de tennis, pistas de baile, piscinas de natación, salas de te, todo constituía un rosario de amables tentaciones para no moverse del club.

Queti, después de haber permanecido casi toda la tarde en agradable coqueteo con varios estirados jóvenes, dijo, consultando su relojito de pulsera:

—Debo marcharme en seguida. Me había olvidado de que papá da hoy una fiesta en mi honor.

Subió a su automóvil y lamentó tener que regresar a casa. Francamente, de buena gana hubiese roto con Addison Walsh. ¡Muchacho más aburrido no lo había! Si pudiera romper su compromiso con él, aceptado en uno de sus momentos de loca imprevisión, ¡qué felicidad!

Uno de los jóvenes, entregándole un libro, le dijo:

—Aquí tiene usted el nuevo libro de Stanley Warrington, el ogro de la casa grande de la colina.

Ella cogió el volumen y leyó la cubierta:

M U J E R

La carga del hombre blanco
Sexta edición
por Stanley Warrington

—¡Qué estupidez! — se dijo—. Ese pobre hombre no debe conocer a las mujeres ni de vista. Cuando tenga tiempo leeré sus tonterías...

Y saludando con la mano a sus compañeros, lanzó el coche a una velocidad extremada.

Por la misma carretera, pero en dirección contraria, iban en otro automóvil Stanley Warrington, un escritor que estaba dispuesto a que el mundo supiera lo que, según él, eran las mujeres, y Biggles, su secretario, que pensaba lo mismo que su señor, especialmente en lo que respecta a la mujer.

El escritor y su secretario se dirigían a una aislada casa de campo que tenían en la otra parte de la colina.

—Ahí está nuestra casa ideal para trabajar, Biggles. Sin trenes, ni taxis, ni trolleys... ¡y sin mujeres!

—Un verdadero cielo, señor Warrington.

El coche iba con gran rapidez y tuvo que frenar rápidamente en un recodo al divisar a otro automóvil que corría en dirección contraria y con el que estuvo a punto de chocar.

Los dos coches se detuvieron y sus ocupantes se lanzaron las violentas miradas acostumbradas en tales casos. ¡Qué poco cuidado!

Warrington y su secretario tuvieron una desagradable sorpresa al encontrarse ante una mujer, Queti Stockton, que era la que guiaba el otro automóvil.

Por fortuna, ninguno de los dos vehículos sufrió el menor roce. Pero estando los dos *autos* parados en medio de la carretera, impedíanse mutuamente el paso.

—Bueno, déjenme ustedes pasar — gritó Queti—. ¡No ven que tengo prisa?

—El camino es demasiado estrecho para poder ser galantes — respondió el escritor—. Haga usted el favor de retirarse a un lado.

—Yo no debo moverme. Son ustedes los que van por mal camino — protestó ella.

—Un hombre va siempre por mal camino cuando se encuentra con una mujer — dijo decidido Biggles.

—Dígale a su criado que no me hable — gritó, despectiva, la joven.

—Nosotros venimos por aquí para huir de las mujeres, no para recibir órdenes de ellas — protestó Warrington.

—Pues yo no pienso retroceder. Son ustedes quienes deben apartarse...

Como la cosa no tenía trazas de acabar, el escritor y su secretario esperaron pacientemente a que la muchacha hiciera retroceder el automóvil. Por nada del mundo ellos le cedían su puesto a una mujer.

Kipling tuvo razón al decir: "que una mujer sólo es una mujer, pero un buen cigarro es algo más, aunque sólo sea humo..."

Y Warrington y su secretario comenzaron a fumar para matar el tiempo mientras Queti se acomodaba y leía el libro sobre las mujeres, cuyo autor, sin ella saberlo, estaba allí mismo.

Pasó cerca de una hora. Queti, aburrida por la lectura, se levantó deseosa de tomar una determinación. ¿Qué diría su padre ante la tardanza?

Y con la decisión que constituía el temple de su temperamento, se levantó y dejando el *auto* abandonado, continuó su camino a pie por la carretera.

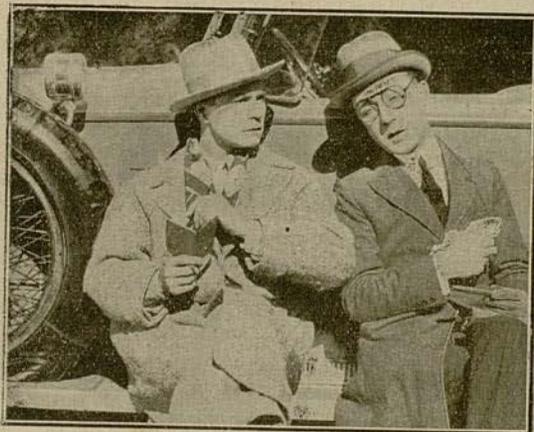
Había avanzado unos metros, cuando vió en otro camino paralelo un camión cargado de botes de leche, cuyo conductor salía en aquel momento de una cercana casa de campo; y Queti se aposentó tranquilamente en el vehículo.

Subió el conductor al camión y al cabo de unos momentos descubrió que llevaba una incógnita viajera. Furioso, quiso reprimir su proceder, pero Queti, riendo, comenzó a saltar entre los botes de leche derribándolos y derramando su contenido.

—Me está usted arruinando, señorita. Baje inmediatamente.

—¡Oh, no puede ser! Lléveme usted a mi casa. Se le abonarán daños y perjuicios. Mi padre es muy rico.

Y el lechero, ante el anuncio de que le serían satisfechas las pérdidas, accedió a llevarla a su hogar.



Pasó cerca de una hora...

Mientras tanto, habiéndose marchado ya Queti, el escritor y su secretario, enormemente satisfechos con la que creían victoria obtenida sobre la terquedad de una mujer, retrocedieron con su coche para ir a otro camino que les condujese a su casa solariega.

Y allá, en casa del señor Stockton, Addison Walsh no podía ocultar su inmensa nervosidad. Iba compren-

diendo que había realizado una solemne tontería al prometerse con una muchacha como Queti que pensaba únicamente en el placer frívolo de la diversión.

René, la hermana de Queti, acudió a consolarle.

—Siento mucho que Queti no esté aquí, pero no debe sorprenderle. Es siempre la misma. Mas es buena en el fondo.

—Sí, muy en el fondo... — respondió Addison.

¡Cuán diferentes eran las dos hermanas!

—Empiezo a creer que habré de dedicarme a René — se dijo el joven al admirar a la hermana, tan formal, tan dulce, con su aire humilde de noble flor. ¿Por qué no puso antes los ojos en ella?

El señor Stockton se paseaba intranquilo procurando excusar a su hija ante los invitados. ¡Diablo de muchacha! ¿Dónde podía haber ido?

Terminaba ya la fiesta, cuando llegó Queti, llevando de la mano al conductor del camión.

—¿Qué pasa? — preguntó, extrañado, su padre, al ver a su hija en tan insólita compañía.

—Nada de particular, papá. Siento haber llegado tarde, pero el camión de la leche no hace más de treinta millas. Un par de ejemplares de museo bloquearon el camino y tuve que abandonar mi *auto*.

Le explicó sucintamente lo ocurrido y el incidente del camión.

Y el señor Stockton se vió obligado a abonar una buena cantidad por los botes de leche derramados, maldiciendo de nuevo los caprichos de su hija. Dios, ¿cuándo comenzaría su hija a parecer formal?

Queti, como si nada hubiese sucedido, se mostró amable con todos, bromeó ligeramente con su novio y aun tuvo suficiente apetito para tragarse unos buenos dulces de natilla.

Le dió a probar uno a su padre.

—Comprendo que ha sido una molestia para ti, papá, pero se acabará todo esto después de casada. ¿Verdad que me perdonas?

—Sí, hija mía, sí..., quiero creer que cambiarás con tu matrimonio.

—Te aseguro que sí.

Y fué a buscar a su novio para bailar. Lo separó de la compañía de su hermana René. ¿Es que ésta quería acapararle? ¡Cuidado, chiquilla! Y sonriente, cogiendo a Addison del brazo, fué a pasear por el jardín, no sin antes haber dado orden a un chofer de que recogiese el automóvil abandonado en el camino.

El novelista Stanley Warrington había vivido una larga temporada en la ciudad y volvía de ella extremadamente fatigado, con un ansia loca de paz y de quietud que no podía encontrar entre los ruidos mecánicos de la gran urbe.

Su casa de campo, abandonada durante unos meses, se le apareció como el remanso de paz que su salud necesitaba, y a ella acudió con su secretario y amigo Biggles.

Pero las mujeres, una de sus enemistades más hondas, le habían importunado ya poco antes de llegar. ¡Ah, la chicuela tozada del automóvil! Pero, había vencido su energía varonil sobre la terquedad pesada del alma femenina...

Al día siguiente Stanley Warrington, nuevamente impresionado por el incidente de pocas horas antes,

comenzó a escribir otro libro: "Por qué los solteros viven más que los casados".

El Matrimonio

De diez fracasos matrimoniales, nueve son debidos a la mujer

Sonó el timbre de la puerta y Biggles corrió a franquear la entrada. Sería probablemente el criado que habían pedido a la Agencia de colocaciones que les enviasen lo antes posible.

Lo era, efectivamente; un criado chino, que iba acompañado de una criatura de poco más de cinco años.

El oriental entró en el despacho de Warrington, quien puso el grito en el cielo al ver al pequeñín.

—Yo dije en la Agencia de colocaciones que sólo necesitábamos un hombre.

—Pero... es mi hijo, señor.

—No me importa. Donde hay un bebé hay también una mujer o ha habido una mujer — respondió el escritor, que aborrecía, sin haberlo tratado casi nunca, al sexo débil.

El chino le suplicó con tal insistencia que dejase quedar al pequeño, que Warrington se dejó convencer. Aquel criado parecía un buen hombre y tal vez no fuese ningún estorbó su hijo.

El criado fué a la cocina a empezar sus servicios. Y el escritor se enfrascó otra vez en su nueva obra filosófica contra las mujeres.

Pasaron unos días durante los cuales trabajó el literato en su nuevo libro, ayudado por su secretario.

Mientras tanto Queti, enterada de que el famoso

escritor Warrington, el terrible detractor de las mujeres, había vuelto a su finca, se dispuso a ir a visitarle. Ella no lo conocía, pero deseaba darle una lección y enterarse de cómo vivía aquel hombre solitario.

Un día comenzó a pasear por el parque que ro-



...trabajó el literato en su nuevo libro...

deaba la solitaria finca con el propósito de entrar en la casa.

Un perro de afilado hocico se dirigió contra Queti, contagiado también del odio que allí todos profesaban a las mujeres.

Queti, que tenía más miedo a los perros que a los hombres, se encaramó ágilmente a un árbol con

el intento de librarse de los colmillos de la pequeña bestia.

El escritor, extrañado por los continuos ladridos del can, salió al parque y vió a una mujer que chillaba en la copa de una encina.

Llevado de un repentino deseo generoso, ahuyentó al perro que seguía ladrando furiosamente como si quisiera advertir a su amo de los peligros de la compañía de la mujer.

—Baje usted, y no tenga miedo...

Aunque disgustado en el fondo por tener que tratar a un elemento del sexo contrario, un sentimiento de humanidad le obligaba a dar la mano al que necesitaba auxilio.

—¡Oh, gracias; muchas gracias!... — dijo ella.

Descendió ayudada por el escritor y quedó mirándole fijamente, inmovilizada por la más terrible sorpresa.

—¡Pero... usted... usted! ¡El del *auto*! ¿Usted es Stanley Warrington?

—Yo soy — respondió severamente el escritor, no menos sorprendido—, y crea que no pensaba encontrarla a usted en mi parque... ¿Cómo ha atravesado usted mi terreno vedado?

—Yo no sabía... perdone... ¡Qué casualidad!... ¡Usted! Creo que voy a desmayarme...

Y fingiendo un desvanecimiento, cayó en brazos del escritor en una actitud de delicioso abandono.

Quería hacerse la interesante con aquel enemigo de las mujeres, que no era un hombre desgredado y terrible como se lo imaginó desde lejos, sino una persona agradable, llena de juventud y arrogancia. ¿Y era posible que odiase tan terriblemente a las señoras aquel galán?

La más grande indignación se apoderó del escritor. ¡Aquella mujer, aquella tozuda impertinente, en su casa! ¿Qué había ido a buscar allí? ¿Es que ni en su propia casa lograría su deseo de calma? Y con el peso de Queti en brazos, entró en su despacho...

—¿Y qué hago yo ahora? — se decía.

Se había sentado en un diván y sentía en su cuerpo el calor suave de aquella criatura. Queti se encontraba perfectamente entre los brazos del caballero. Deseaba hacer pasar un mal rato a aquel furioso adversario de las mujeres.

De vez en cuando, abría picarescamente un ojo y miraba el rostro asustado de él. ¡Ah, este terrible enemigo!

Biggles, distraído, entró en el despacho. Y se horrorizó al ver a su jefe en tan impensada compañía.

—¡Oh, señor Warrington! ¡Si sus lectores le vieran ahora, no volverían a comprarle un solo libro!

—Esta mujer se ha desmayado en el parque. ¿Qué vamos a hacer con ella? No es poco compromiso este. Señor, ¿no habrá en toda la tierra un lugar donde no puedan permanecer las mujeres?

Procuraron retornarla, descotando su cuello, pero ella permaneció inmóvil. ¿Qué hacer entonces?

—Poniendo algo caliente debajo de la nariz se va el desmayo — dijo Biggles.

Y el secretario salió para arrancar a un lorito unas plumas y volvió con ellas al salón.

El escritor continuaba inmovilizado por la carga fragante de Queti. Esta, bulliciosa por dentro, mantenía exteriormente una serenidad fúnebre.

Chamuscaron las pumas y las pasaron bajo la nariz de la joven que, molesta por el olor, pareció agitarse y volver en sí.

Warrington era el que cuidadosamente pasaba el fino plumaje por el rostro de Queti.

—A pesar de sus escritos, yo creo que está usted más práctico en estas cosas que yo — le advirtió el secretario.

—No, lo crea, pero las circunstancias me obligan a ello.

Ella pareció despertar, al fin, después de lanzar varios estornudos producidos por el cosquilleo en la nariz.

—¡Oh, esta no es mi casa! — murmuró—. Pero, ¿dónde estoy?

—¿No se acuerda? — le dijo el escritor, al ver que ella se levantaba—. En el parque se desmayó usted.

—¡Ah!, ¡es cierto! ¡Tiene usted razón! Y usted es el escritor enemigo de todas las mujeres, ¿no? de todas...

El no respondió como si asintiese a aquellas palabras.

—Me alegro de haberle conocido — dijo Queti, con dulzura—, y que se haya usted portado tan admirablemente conmigo.

El novelista hizo un movimiento de hombros que parecía significar: ¡Qué remedio!

Llena de curiosidad por conocer los trabajos del escritor, cuyo odio al sexo débil había podido antes comprobar con el incidente del *auto*, se acercó Queti a la máquina de escribir y leyó una cuartilla...

Se echó a reír al enterarse de su contenido.

“El Matrimonio

De diez fracasos matrimoniales, nueve son debidos a la mujer

—¡Vamos! ¡Usted veo que sabe muchas cosas acerca de las mujeres! — le dijo.

—Sê lo bastante para comprender que debe usted dejarnos — contestó secamente Warrington.

—Ah, ¿me expulsa usted de su casa?...

—Nada de esto, señorita. Pero el perro ahora está durmiendo. Aproveche usted esta ocasión para marcharse.

Ella se echó a reír. Amansaría a esta fiera. Y dijo al escritor, cuya vida le interesaba porque se salía de lo vulgar:

—Volveré otro día para que me cuente usted algo de las mujeres...

La acompañaron hasta el parque y la dejaron partir sin que ellos contestasen apenas al saludo cariñoso de la muchacha.

El secretario, cuando vió alejarse a Queti, dijo a Warrington:

—Ha dicho que volverá...

—No va a encontrarnos aquí. Vamos a preparar un viajecito.

Y aquella misma noche salieron en dirección desconocida para alejarse unos días de aquel ambiente más peligroso que el de la ciudad.

*

Pasó casi un mes. Queti había ido algunas veces a la casa del escritor encontrándola cerrada. ¡Ah, el terrible enemigo! Había huído de ella ante el temor de tratar con una mujer.

Y lo trágico era que Queti sentíase atraída hacia él con una ansia de reivindicar el prestigio del sexo, atropellado por los libros de Warrington.

Llegó el día de la boda de Queti. La muchacha se casaba a la fuerza, por no saber ya cómo desligarse de su compromiso. Le aburría un hombre como Addison, serio y triste; ella hubiera deseado un sér inquieto, impulsivo, algo así como Warrington, pero sin las ideas de éste.

Aquella noche debía celebrarse el casamiento. Queti iba a entrar en la cofradía de las señoras casadas. Y en la noche de su boda, la joven, ante el tocador de su cuarto estaba en peligro de llegar a tiempo por primera vez en su vida.

Ella no tenía mucha prisa. Leía un periódico que le interesaba:

Stanley Warrington, el famoso autor de muchos libros contra el bello sexo, ha tenido un éxito formidable con otro libro sobre el mismo asunto cuyo sugestivo título es:

"Por qué los solteros viven más que los casados"

Queti, despechada, dejó el diario. ¡Era una verdadera lástima que aquel buen literato escribiese cosas tan absurdas! ¡Con lo simpático que era!

Salió de su cuarto y en una salita encontró a su novio que acariciaba suavemente la mano de René y parecía musitarle algo muy íntimo con los labios casi juntos. Una sospecha atroz aceleró el corazón de Queti.

—¡Bien, bien! — les gritó, enfurecida—. Parecen los novios. Cualquiera diría que sois vosotros los que os casáis...

—Por Dios, Queti, no creo vayas a suponer — dijo Addison.

—Lo supongo todo, todo... Os aborrezco. Quieres engañarme antes de tiempo. Quédate con René si tanto la quieres...

Comenzó a patear furiosamente sin querer escuchar las protestas de su hermana que le hablaba de su inocencia.

Exaltada, Queti entró en su alcoba seguida de René y de Addison que pretendían calmarla.

—Me vas a hacer creer que estás loca, Queti — le decía el joven.

—Tú has besado a René, no lo niegues...

—No es verdad, pero, aunque así fuera, ¿no es casi ya mi hermana?

—Oh, calla, calla, cínico. Tú la amas...

Dos camareras de Queti miraban asombradas a la novia. Queti las increpó duramente y las echó de la habitación.

René lloraba ahora en un rincón. Una idea tenaz comenzó a apoderarse de Queti. Recordó entonces que había visto muchas veces a su novio con René y que la pasión de los dos sería probablemente antigua. Pensó que era mejor que no se consumasen los hechos aquella noche de bodas... y que era preferible huir.

Sí, desaparecería ella; no estaba dispuesta a asistir a la ceremonia. Papá se disgustaría seguramente, pero Addison se podría casar con René y todo quedaba en casa.

Y encerrando a René y a Addison en la habitación, ella, poniendo en práctica un plan, saltó veloz por una ventana, se deslizó hacia a la calle, montó en su automóvil y desapareció rápidamente.

Pasaría la noche en un hotel, en cualquier parte.

Pero no permanecería aquella noche allí para que la casasen. Al día siguiente volvería para manifestar a su padre su irrevocable determinación.

El padre de Queti, extrañado de no hallar a ninguna de sus hijas ni a Addison, llamó al cuarto de la novia y escuchó alteradas voces. Entró precipitadamente en él y vio a René con su cuñado.

—Queti nos ha encerrado a los dos. Temo que se haya vuelto loca de repente — explicó el novio.

La buscaron por toda la casa sin hallarla. El miedo del padre era enorme. Conociendo el carácter alocado de la pequeña, temblaba de miedo. ¿Dónde podía estar?

Uno de los criados comunicó al señor Stockton que había visto partir en automóvil a la señorita. Su padre se dispuso a seguirla.

—Tú no debes ir — le dijo a Addison—. Estás fatigado. Quédate aquí. Yo aclararé pronto este asunto...

Y subiendo a otro coche comenzó a correr por la carretera en busca de la chica desaparecida.

—¿Ha visto usted a una joven en *auto*, vestida en traje de boda? — preguntó a un policía encargado del tráfico.

—Sí, señor.

—Pues es necesario cogerla...

Su hija les llevaba gran distancia. Pero al llegar a cierto paraje el *auto* de Queti no funcionó. ¡Se había acabado la gasolina!

Era imposible pasar la noche en el campo. Lo malo era que se encontraba en camino desierto con grandes bosques a su alrededor, sin ningún vestigio humano.

Anduvo unos cuantos metros y se orientó. ¡Magnífica casualidad! Al volver un recodo, vio ante ella

una bella casa blanca bañada ahora por la luna. No le era desconocida, ni mucho menos. Era aquella la vivienda del novelista Warrington.

Sabía Queti que la casa estaba deshabitada y le pareció un excelente refugio para pasar allí aquella noche.

Y entrando por una pequeña ventana del sótano logró llegar hasta las habitaciones superiores.

¡Ni un alma en la casa! ¿Quién sabe dónde se encontraría el escritor?... Ella entró en una magnífica y despejada habitación, y al ver un mullido lecho, se tendió en él para dormir tranquilamente. Se desnudó y se puso un pijama que vio sobre el lecho.

¡Magnífico! Embozóse en un edredón y se dispuso a entregarse al sueño. Espiritu frívolo, de criatura capaz de todo para conseguir su capricho, no pensaba en la enorme responsabilidad de su acto. Lo que le interesaba a ella era dormir fuera de casa para presentarse al día siguiente y hacer irrealizable el proyecto de boda.

Poco después entraban en aquella casa el novelista Warrington, su secretario y el criado chino con su hijo:

—Por fin estaremos aquí tranquilos — dijo el escritor—. He sabido que esta noche se ha casado la señorita Stockton. Ya estamos libres de ella...

Warrington, contento de poder hallarse otra vez en su casa solariega, se dirigió a su cuarto.

En el suelo del corredor vio brillar como una joya: era una hebilla de zapato femenino.

Con un pánico atroz, llamó a su secretario.

—Hay un ladrón en casa — le dijo

El susto del pobre Biggles no fué menor que el de su principal.

—Huyamos, entonces...

—¡Oh, no! Registremos, pero mejor es que lo haga usted—le dijo—; yo no sabría qué hacer si encontrase un ladrón en la casa.

—Acompáñeme usted.



...yo no sabría qué hacer si encontrase un ladrón en la casa.

—¡Ah, cobarde! — dijo amenazándole con un revólver.

Adoptando infinitas precauciones y con un terror que les hacía castañetear los dientes, registraron diferentes aposentos de la casa hasta entrar en el aposento del escritor.

Queti, que había despertado, horrorizada, al escu-

char pasos, se embozó más y más en su edredón, en espera de los acontecimientos.

Warrington y Biggles se acercaron a la cama y al ver delinearse una figura humana bajo el edredón, no les cupo duda de la verdad.

—¡Si es usted un ladrón, salga inmediatamente, y si no lo es salga también! — gritó el escritor.

—Ella no contestó, entre alegre y turbada. ¡Había reconocido la voz de Warrington! ¡La sorpresa que tendría el escritor al reconocerla!

Pero el secretario, exaltado, se lanzó contra la joven y los dos comenzaron a luchar cayendo de la cama al suelo, y logrando finalmente Biggles arrancar el embozo a la misteriosa figura.

Apareció bajo el edredón la figura menuda y picaresca de Queti.

El escritor y Biggles retrocedieron asombrados. ¡Aquella mujer estaba en todas partes!

—¿Qué hace usted aquí? — le gritó Warrington, furioso—. Yo creí que esta era su noche de bodas.

—Me he escapado de casa para no casarme y me he metido aquí creyendo que usted estaba fuera. Se me acabó la gasolina y tuve que refugiarme en su hogar.

La cólera inflamaba el rostro de Warrington.

—¡Casada o soltera usted no debe permanecer aquí! ¡Qué compromiso tan grande!

—Usted tiene la culpa — respondió, con la mayor flemá, Queti—. No debía usted haber venido hasta mañana. Ahora yo no puedo moverme.

El escritor se paseaba furioso por la habitación sin saber qué partido tomar ante aquella chica que tranquilamente se había aposentado en su cama.

Mirando al secretario, que había cogido, asombrado, una fina camisita que pertenecía a Queti, le dijo:

—Preguntemos al chino lo que hay que hacer. Como es viudo debe saber algo acerca de las mujeres.

Biggles salió llevando en una mano la camisita azul.

Ya solos los dos, el novelista le suplicó:

—Le ruego que se vaya a cualquier parte, señorita. Alójese en un hotel.

—Donde yo voy es a dormir, pero aquí mismo...

Y tranquilamente, con una gran risa que estremecía su rostro, se dejó caer de nuevo en el tibio y mullido lecho.

Warrington la miró con ánimo de estrangularla. ¡Idiota, estúpida! ¿Qué iba a pasar el día siguiente? ¿Por qué no se marchaba de allí?

Pero las cosas debían complicarse todavía más.

El señor Stockton y el policía habían descubierto el *auto* abandonado cerca de la casa del escritor y como vieran luz en una habitación llamaron a la vivienda.

Salió a abrirles Biggles, que llevaba en la mano la camisita de Queti. Su padre reconoció en el acto esta prenda al ver las iniciales de la joven.

Con un deseo furioso de vengarse, entró por las habitaciones buscando a su hija. ¿Dónde estaba Queti?

Iba ya entrar en el dormitorio del escritor, cuando el secretario quiso impedirlo.

—Aquí no entra nadie — rugió—. Antes pasará usted por encima de mi cadáver.

El rumor de unas voces hizo levantar de la cama a Queti, que se sentó en un sillón junto al novelista, quien, extrañado por el tumulto del exterior, le rogaba que huyese por la ventana.

—¡Váyese usted, por Dios!

—¿Marcharme? — dijo ella, mirando la ventana

que comenzaba a azotar la lluvia—. ¿Y con este tiempo? Si usted cree que puede ponerme ahora a la calle, conoce menos a las mujeres de lo que se figura.

Y reía, burlándose de la turbación del escritor. ¡Le era tan simpático ese enemigo de la mujer! De buena gana lo hubiera cambiado con el otro, el imbécil Addison.

De pronto abrióse la puerta y apareció la figura severa del señor Stockton, acompañado de un policía.

La muchacha miró asombrada a su padre, pero dispuesta aquella noche a tomar las cosas a su capricho, se abrazó al novelista y le dió un beso en los labios.

Warrington quiso desprenderse de sus brazos, pero no lo consiguió. Aquella mujer indudablemente se había vuelto loca. Pero, ¿quién era aquel señor? Las palabras de Queti le sacaron de dudas.

—Papá, no te enfades. De todos modos ya me he casado esta noche. Te presento a mi marido Stanley Warrington...

—¿El novelista Warrington tu marido? — rugió el padre—. ¡Ni siquiera sabía que le conocieses!

¡Ah! Entonces ¿por qué la comedia de la boda con Addison? ¿Por qué no lo advirtió ella antes?

El escritor se levantó para protestar contra aquella indigna farsa, pero los brazos tibios de la muchacha le tenían preso sin dejarle mover.

Biggles miraba asombrado a su jefe. ¿Qué cosas ocurrían allí, aquella noche!

El señor Stockton inclinó la cabeza, con una resignación dolorosa. ¡Qué loca aquella muchacha! ¡En qué compromiso tan enorme les ponía a todos! ¡Cómo era posible que estuviese casada!

Salió disgustado para acompañar al policía y decirle que no eran ya necesarios sus servicios. Todo se reducía a una lamentable escena familiar.

Al marchar el señor Stockton, el novelista se levantó increpando furiosamente a "su" mujer.

—Usted indudablemente se ha vuelto loca. ¿Qué lios son éstos? ¿Por qué ha dicho a su padre que soy su marido?

—Lo dije por usted — respondió ella, burlona—. Pensé que usted prefería pasar por un flamante marido que por un triste solterón.

—Hay que arreglar esto — dijo él—. Es preciso que nos separemos al instante. Yo hablaré más tarde con su papá. Pero, déjeme, váyase...

El niño del criado chino entró en la estancia y Queti le acarició y le besó. En aquel instante llegó de nuevo el padre de Queti.

Al ver a la criatura frunció el ceño. ¡Diablo! ¡A tal extremo habían llegado! ¿Y él sin saber?

—No se alarme, señor — dijo Warrington—; es el nene del cocinero...

Y acompañó al pequeñín hasta la puerta.

El señor Stockton, algo más tranquilo, habló con el escritor que se hallaba anonadado.

—¿De modo que usted es el marido de mi hija? Y yo sin saberlo...

—Yo tampoco lo sabía, señor..., digo, usted no lo sabía.

—En fin — dijo el padre al cabo de unos momentos, comprendiendo que era ya todo irremediable—, les perdono. Mi regalo de boda para Queti, será un viaje alrededor del mundo. Los dos pueden salir mañana a las ocho en un hermoso barco... Lo que yo deseaba era ver casada a mi hija. De todos modos cele-

bro que lo haya sido con un literato como usted. Pero, ¿por qué lo mantuvieron secreto?

El no sabía qué decir. Estaba desolado. ¡Tantas impresiones! ¿Cómo decir que todo era mentira? Ella acudió en su auxilio:

—Queríamos darte una sorpresa, papá. Tú estabas tan encariñado con Addison...

El padre, disgustado por todo lo ocurrido, se rindió a los acontecimientos.

—No creí nunca que pudiera usted ser mi yerno, un hombre que habla tan mal de las mujeres en sus libros; pero si usted realmente quiere a Queti, no tengo inconveniente en perdonarles...

—Ya lo creo que me quiere. No puede vivir sin mí. Mira... — dijo Queti.

Y besó con largo beso al escritor.

—Bueno. Yo me voy a casa, a comunicar la inesperada nueva. ¡Bueno se pondrá Addison! — dijo el padre—. Pero, ¿cómo salir si está diluviando? Voy a tener que quedarme aquí toda la noche.

Y salió de allí con Biggles para que éste le proporcionara una habitación donde poder dormir.

Con un picaresco "buenas noches", dejó solos a Warrington y a su supuesta mujer.

Repentinamente desapareció la indignación del escritor.

El ambiente de la habitación de Warrington aparecía cargado de la dulce esencia de Queti. Además, el escritor sentía aún el gusto de los besos de ella en sus labios... ¡Ah, estaban solos, y ella era una mujer! Sintió con dolor que todas las teorías contra el sexo débil se venían abajo...

—Y ahora ¿qué vamos a hacer? — preguntó más calmado.

En el alma de ella resurgió tal vez el sentido de la responsabilidad.

—Ahora voy a buscar otro cuarto para irme a dormir — le dijo—. Le obligué que pasara por mi marido sólo para vengarme de su odio a las mujeres. Por nada más. Buenas noches.

Y salió al corredor encaminándose hacia una habitación que escogió al azar. Era el cuarto de Biggles.

Este apareció en el umbral, asombrado de que la muchacha llamara a la puerta. Atraído por los gritos, el señor Stockton salió de la habitación que le tenían reservada.

—Pero ¿qué haces aquí? — le dijo su padre.

Ella, pálida por la equivocación, murmuró una excusa:

—Voy en busca del secretario. Mi pobre marido se ha puesto malo.

—¡Válgame el cielo! ¡Corro a ver lo que tiene!

Fueron rápidamente a la habitación de Warrington que les contempló con miedo.

—Fínjase usted enfermo — le dijo Queti, en voz muy queda.

Y el escritor, ignorando lo que ocurría, comenzó a quejarse del estómago, como si realmente estuviera muy mal.

—¡Pobre Warrington! — dijo Biggles—. Voy corriendo por una medicina... Yo sé lo que hay que hacer en esos casos...

Sin comprender de qué se trataba, el escritor siguió retorciéndose con supuestos dolores. ¿Era aquello tal vez un pretexto para el desenfado?

Volvió Biggles llevando una medicina para su jefe.

—Yo se la daré — dijo la muchacha.

El señor Stockton arreglaba entretanto la cama.

Queti llenó una cucharadita con la medicina, pero en vez de dársela a Warrington se la hizo tomar al propio secretario. Era una cosa amarga, ácida...

Biggles se tragó, indignado, aquel líquido.

Y fingiendo aún nuevos dolores, el escritor fué llevado a la cama por Stockton y Queti. Le prepararon una botella de agua caliente y se la pusieron sobre el estómago para que le calmara el sufrimiento.

La indignación de Warrington al verse tratado tan duramente no conocía límites. Ella, con cariño de mujer, se acercó y le dijo:

—Está usted ardiendo: la fiebre le sube por momentos.

—No es fiebre; es la botella de agua — rugió el escritor, levantándose desesperado.

—¿Qué dice? — comentó el señor Stockton.

—¡Oh, nada, papá! Está delirando y tiene un ataque de somnambulismo. Temo que la boda le haya hecho demasiada impresión.

Y Warrington, ante el temor de comprometerse todavía más, se dejó conducir de nuevo a la cama.

El señor Stockton dijo a Queti:

—Ahora está ya más tranquilo. Yo dormiré aquí cerca por si me necesita o se pone peor.

Salió acompañado de Biggles. El escritor y ella quedaron solos. Entonces Warrington se levantó de la cama, quitóse la botella de agua y prorrumpió en exclamaciones de ira.

—¡Qué noche! ¡Y todo por mentir! ¿Por qué no confesar desde un principio a su padre lo ocurrido?

Pero ella sonreía y le miraba con el aire cordial de las mujeres enamoradas.

—¡Oh, no se enfade! ¡Es tan deliciosa esta noche con tales peripecias! ¡Y qué lástima que no estemos

realmente casados! ¡Tan contento como estaría papá!
¡Porque yo creo que le tiene a usted una gran simpatía! ¡No sería un mal yerno, no!



—Temo que la boda le haya hecho demasiada impresión.

El calló y la miró turbado.

—Usted es el tipo del hombre que siempre he soñado para marido: fuerte y decidido — añadió Que-

ti—. Pero, sus teorías le impedirían casarse nunca. Lo comprendo...

Aquellas palabras y la cercana compañía de Queti hicieron palidecer al escritor. ¡Ah, el peligro! Olvidó de pronto los improprios de que había sido víctima



—Yo dormiré aquí cerca por si me necesita o se pone peor.

aquella noche para decirse únicamente que estaba solo con una mujer en su habitación...

—¡Oh, Queti! — le dijo—; tal vez tenga usted razón... Yo he vivido equivocado, yo he sido un estúpido solitario que ha ignorado lo que vale una mujer. No se qué pasa por mi alma... Por un lado está la

defensa de las ideas que he sustentado siempre, mas por el otro... usted, una mujer, parece indicarme que hay cosas más agradables que la soledad...

Y ella quiso convencerle de una vez besando sus labios, ofreciéndole de nuevo el vino perfumado del amor. Y él besó también, avergonzado casi de lo que hacía, sintiendo que la breve compañía de Queti había hecho el milagro de cambiarle...

El amor, divino encanto, había vencido las ideas del escritor. Nuevamente el hombre fuerte y terrible se dejaba caer bajo la seducción invencible del sexo débil.

Y Queti, enamorada de veras de Warrington, no fué cara en prodigar sus besos, correspondidos muy gratamente por él.

A la mañana siguiente, la luna de miel se presentaba muy bien. Sólo faltaba que estuvieran casados.

El señor Stockton les acompañó hasta el barco, con el secretario Biggles.

Queti era feliz, estaba radiante. Pero el escritor aparecía excesivamente preocupado. Había gustado las mieles del amor de una mujer, de modo irresistible; pero... ¿qué haría ahora? ¿Qué diría el mundo si él, el detractor, el enemigo del sexo débil, se casaba?

Y además, ¿qué iba a decirle al señor Stockton, que le había entregado ya dos billetes para América? ¿Cómo confesar que no existía el lazo del matrimonio?

El padre se despidió de ellos afectuosamente, mientras una gran tristeza se apoderaba del secretario, que saludó por última vez a su jefe.

Ya en el buque, Queti y su amigo se miraron frente a frente. Ella amaba ya con toda su alma a aquel joven con el que no estaba casada... y que era además enemigo irreconciliable de las mujeres, pocas horas antes. Pero el amor tal vez había hecho un milagro.

—¡Bueno, ¿qué debe hacer una mujer ahora? — preguntó—. Porque, francamente, yo no puedo ir contigo... de este modo... Tendré que desembarcar. ¿Cómo voy a ir por el mundo sin estar casada?

Y él, arrancándose de su alma las últimas preocupaciones, murmuró:

—No sé lo que debe hacer una mujer, pero sí lo que va a hacer un hombre. Fuera teorías y obras mías... Te quiero y voy a decirle al capitán que nos case. He comprendido que tú eres la felicidad.

—¿De verdad te quieres casar conmigo, Stanley?

—En seguida, Queti... De este modo tu padre no podrá sospechar nunca la verdad... y yo..., a pesar de tu cabecita loca, habré comprendido que no hay nada en el mundo más grande que una mujer...

Ella le dió un beso y murmuró:

—¡Qué libro más bonito podrás escribir ahora!

*
**

El señor Stockton regresó a su casa y comunicó la noticia de la boda anterior de Queti.

Addison no se disgustó apenas; estaba harto de su novia; y al cabo de poco tiempo olvidó el desdén de la otra por el amor de René...

Y el librito de más éxito de Stanley Warrington, al año siguiente, se tituló:

El cuidado y alimentación de los niños

Acababa de nacerle el primero.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO.

A CAZA DE MARIDO

por Mae Busch, Charles Delaney, Mildred Harris, etc

Postal-fotografía reg. 10: KATE LESTER

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

LEA USTED

HOTEL IMPERIAL

por POLA NEGRI

Ediciones especiales de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA